

El Mercurio, Sábado 1-III-1987, P.E.3, -000200423-

Memorias de Mujer

Por Luis Vargas Saavedra 1939

(Ripamonti Barros, Silseu, Visión de Julio Ripamonti, Santiago de Chile, Ediciones Mar del Plata, 1986)

CONMUEVE el homenaje de Silvia Ripamonti Barros a su hermano. Yendo más allá del cariño, guiada por la admiración, ha acometido esta fraterna ceremonia. Le ha escrito un libro. Lo ha embalsamado sus palabras.

Como cada obra debe tasarse según ella misma, yo le retengo este año de pelear contra el olvido. Silvia Ripamonti Barros no es una escritora profesional con libros y libros de palestra previa; es doctor, peca aprendiendo sus armas.

Su propósito ha sido reconstruirnos un personaje y no detallarlo sistemáticamente al mes o incluso al día. "Julio, mi personaje inolvidable, me escribía así...". En virtud de ese incesante deslumbramiento fraterno, los defectos quedan eclipsados: no hay reproches. Pero Silvia Ripamonti Barros es capaz de ajustar objetivamente su entorno: "Nada de lo que recuerdo aquí pretende envolver toda una generación en determinado estereotipo. Había caballeros de ideas avanzadas, señoras muy liberales, jóvenes discolos y niñas que llegaban embarazadas al matrimonio, pero no era lo habitual. Al recordar con afecto y simpatía, veo un mundo algo cerrado y provinciano, con valores morales, señorial y poca originalidad." (p. 59).

Solamente un testigo lúcido podía conjurar las escenas de la infancia, que suelen ser el punto desvalido en las biografías por reconstrucción ajena. Aún más, solamente una memoria de mujer pudo retener el menaje de las siempre maravillosas casas de la niñez: "En el piso bajo, la cocina tenía mosaicos y las paredes eran revestidas de azulejos en los que niños y niñas holandesas, con cofias y azucos, cruzaban puentes que llevaban a azules molinos".

Recordar como quien voltea un álbum ajado —cosa usual y apenas suficiente: recordar como quien enhebra perlas— maniobra extraordinaria que nos coloca el recuerdo delante de las pupilas. Silvia Ripamonti B. va del recuerdo-álbum al recuerdo-perla: de repente vemos, y los vemos de cerca y a la altura de paraguas que tendrían esos

niños, los azulejos donde otros pequeños cruzaban puentes que llevaban hacia molinos azules. Pero ¿para qué irse tan lejos, aceptando el convite de los puentes hacia el País de las Maravillas, si a este lado ya hay maravillas de ver, oler y palpar?: "Al lado, la Despensa, ahí estaban redondos quesos, cogajos de cebollas, ajos y cebollines, jamones enteros, barrilitos de aceitunas, sacos de papas, harina, legumbres... el dulce de membrillo en moldes con forma de gallina, conejo o tortuga, era tan bonito que daba pena acuchillar esos dorados animalitos". De todo ese esplendor sólo "quedan unas ánforas rotas, una escalinata clausurada y la palmera..."

Este memorial de cariño no está hecho con el parejo rigor de una investigación; al revés, tiene como el mar, rachas de agua fría y de agua tibia. Cuando Julio Ripamonti se va a vivir a la Antártida, lo leemos directamente en sus cartas; cuando se va a Caracas y después a Jordania, lo acompañamos por carta y crónica. En cuanto a las postimerías, son breves resúmenes de dolorosa velocidad. También como en el mar las corrientes fluctúan: comenzó el libro con regodeo lento, y acaba a guisones como fruta que cae. Si se le objetara esta diversidad de tiempos musicales, se los defendería por la exclusión de lo monótono: el tic-tac de las biografías comme-il-faut. En vez de eso, una improvisación que ni siquiera sabe lo valiente que es: cuán dispuesta está a los riesgos que cruza. Por ejemplo, el informe sobre la cuarta expedición arqueológica, el resumen de la ponencia ante el Séptimo Congreso Panamericano de Arquitectos... arrecifes en la lectura, pero no naufragios.

Hemos comprobado que era cierto el catálogo leonardesco: "niño santiguado convertido en escolar francés, arquitecto chileno, académico venezolano, diplomático (de esos con sombrero de copa y chaqueta), geógrafo, técnico logístico, analista de táctica militar, doctor en Teología Dogmática, profesor del Seminario Teológico, doctor en Arqueología Bíblica y Geobiblica, Director de un Centro Arqueológico en Jordania, aviador, navegante, bano, pescador, matemático, fotógrafo; experto en construcciones terrestres, subterráneas y subterráneas, botánico especialista en musgos, helechos y palmeras, coleccionista, bibliófilo, erudito, poli-



glota, estoico y sibarita, meticuloso analista y mágico soñador. Todo al mismo tiempo".

Pedazos de Recuerdos, por Inés Larrain de Nogués.

De una hermana leal que escribe las memorias de un hermano muerto, a una abuela que comparte su vida pasada:

"Te envío, Memé, estos recuerdos de mi vida. No los leas ahora. Cuando yo no esté ya en este mundo, léale a tus hijos trozos de esos años en que no había radio, aviones, frigoríficos, televisión. No se había ido a la luna, ni se estudiaba psicología, ni educación sexual, pero había amor, romanticismo, pudor y las casas solariegas, donde se nacía y moría una y otra generación..."

Inés Larrain de Nogués escribió esto en julio de 1972. Murió el 25 de enero de 1978. Su diario de recuerdos ha sido compartido más allá del ruego familiar: incluyéndonos. Pero se echa de menos la totalidad del texto, tal cual, sin quitarle las "cartas profundísimas de espera en paz", antes de morir. Como será su última carta, escrita

el 15 de enero, "la única en que no se despidió", porque es "un canto a la esperanza". Y por qué no se transcribieron todos sus poemas?

Así como las memorias conjuradas por Silvia Ripamonti Barros no vienen bien traídas tipográficamente, los recuerdos de Inés Larrain de Nogués vienen lindamente atendidos en papel jacinto y tinta granate. Son reparos que hago por anhelo de textos bonitos: de papel interesante, de tipografía en el rango de Mauricio Austier, sin derrochar, tampoco descuidando. Son reparos que hundo ante algo que los trasciende: la brotación del género memorialista, tan esquivo en Chile como en cualquier país de habla castellana. Nuestro sino es parlanche y pocas personas se quitan tiempo de la conversa, para sacrificarlo a la escritura. Inés Larrain desahoga de tiempo; sus vísperas de muerte eran horas y horas de poco sueño y mucho recuerdo: "como todos los días estoy sola, mientras Pancho duerme. El tiene la suerte de dormir, de olvidar; yo me quedo rumiando desengaños, dolores, penas, y el pensamiento de la muerte tan cercana me obsesiona: ¿qué voy a encontrar más allá? Espero que será el eterno descanso que tanto anhelo. Para evitar esta angustia que me deprime y me desespera, vuelvo los ojos a los tiemposidos, y empiezo recordando los años de mi niñez... la casa con su largo corredor, abajo el jardín con heliotropos, resedas, malvas de olor, las diámedas tan finas como unas roñitas blancas que embalsamaban la casa toda. ¿Qué se hicieron esas flores?..."

Aunque ambas recordadoras supieron ver y captar un mundo que no sospechaban tan efímero, es Inés Larrain de Nogués la que se emplaza en umbrales para rehacer tiempos mejores. Nos deja permanecer con ella en los patios de las casas patronales o del palacio en Santiago (vivió en lo que después fue "El Mercurio") y es hoy un montón de escombros) y le conviviremos su época hasta en los más ínfimos detalles —esos que las mujeres atienden con una sensibilidad doméstica, a la que no podemos pretender allegarnos siquiera los hombres, ni aun los sociólogos; porque es un don ancestralmente maternal. Inés Larrain de Nogués ha escrito una obra maestra y la ha entregado sin saber cuánto sustento dejaba— igual que las cien hallujas calentitas todavía sobre la mesa de mármol.

Memorias de mujer [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Memorias de mujer [artículo] Luis Vargas Saavedra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)